

dor de Cohaguila, con su licencia fundó una Mision, y por ser víspera del Santo Precursor, la tituló de S. Juan Bautista, y tomó posesion de ella con las mismas formalidades que la de los Dotorés. Puso en ella por su Ministro al P. Fr. Francisco Hidalgo, y toman-

CAPITULO XVI.

Entra el P. Salazar á fundar las Misiones de Indios en la Punta de Lampazos.

VIENDO el V. P. Margil colmados sus deseos, daba al Señor las gracias, y para promover la prosecucion y estabilidad de aquellas nuevas Conversiones, envió al P. Salazar á México, para que de todo informara al Señor Virrey, y S. E. le oyó con tan benigno agrado, que le dió dos mandamientos de amparo para los Gobernadores de Leon y de Cohaguila, para que en todo lo dieran á las dos Misiones, y le concedió diez y seis familias de Tlaxcaltecos del Pueblo de San Estevan del Saltillo, con un Capitan Protector, para radicar aquellos nuevos Pueblos de Gentilidad inculta, en la formalidad civil que debían observar, y en la asistencia al catequismo y Doctrina. Tenia el V. Prelado la vista de su consideracion en tan importante negocio, siempre en atalaya, siempre aguda, siempre despierta, para que por todos modos tuviese sólidos fundamentos, y así, le ordenó al P. Salazar que desde México le enviase un testimonio autorizado, al R. P. Fr. Francisco Estevez, que se hallaba en la Corte de Madrid por Procurador del Colegio, y tuvo esta diligencia tan felices efectos, que presentado el

do testimonio jurídico de todo lo executado, se partió para el Colegio, para dar razon de lo obrado, y pedir al Prelado otros Misioneros para proseguir propagando la Santa Fe entre los muchos Gentiles que se iban descubriendo por todos aquellos rumbos.

testimonio á S. M. en su Real Consejo de Indias, fue en él aprobado, y se le concedió una Mision de Religiosos á expensas de la Real Hacienda, y quatro Cédulas para el Señor Virrey, para el Señor Obispo de Guadalupe, y para los dos Gobernadores de Leon y Cohaguila, ordenando que les dieran todo amparo y fomento á la nueva Mision y á todas las que se fueran fundando.

De parte del Colegio se le dieron al P. Salazar otros dos escogidos Compañeros, y llegando á las Misiones, halló al V. P. Hidalgo muy gustoso en su ministerio, y alegre de las muchas necesidades y angustias que son propias de una Mision nueva, y dexando en su compañía los dos nuevos Operarios, toleraban los tres con gran conformidad y paciencia, los grandes trabajos que son anexos á una total indigencia, pero con el consuelo que infunde el Señor á sus Ministros con la gracia del ministerio; pero astuto el Demonio, lo turbó todo con un desgraciado accidente de haber matado los Indios de la tierra adentro á un Texa Christiano, que conservaban los Padres con el designio de que fuera Intérprete quando se facilitase la entrada á aquellas tierras,

y temiendo los de la Mision que sus parientes vengaran en ellos esta muerte, se sublevaron y la despoblaron, retirándose á los montes, por lo que los tres Padres se recogieron á la Mision de los Dolores.

Recibió el P. Salazar este golpe tan acerbo, con inalterable ánimo, porque siempre tenia á la vista al sumo Bien que amaba, y al que siempre encaminaba todas sus acciones, y de ninguna se sentia arrepentido, y con este seguro, podia blasonar que corría derecho al término, y que no eran cuchilladas al ayre las de sus lides, pues este era el nivel con que arreglaba sus pasos y dirigia las empresas de su zelo; y aunque algunas de ellas solian criticarse como mal fundadas, y darse por perdidas; pero todas, á costa de su paciencia, venian á parar en hacer mas gloriosas sus batallas, y mas ricos los despojos que conseguia contra el poder de las tinieblas. Hacia se cargo de que Dios le habia puesto de Presidente de las Misiones, para que con doblada obligacion promoviera sus adelantamientos, y quando vió despoblada la del rio de Sabinas, empeñando de nuevo su infatigable zelo, no podia sosegar hasta restaurar tan sensible pérdida, y así, fue buscando ese tesoro escondido entre las espinas de aquellos eriazos campos, y traginando por las orillas del rio-Grande del Norte, negoció el hallazgo de muchas naciones Gentiles, y sitios muy acomodados para plantar tres Misiones. Satisfecho con tan crecidas usuras, envió luego al P. Fr. Antonio Olivares para que informase de todo al Gobernador de Cohaguila, y le pidiera el auxilio necesario para la fundacion de otras nuevas Misiones, y catorce Soldados para su resguardo,

nombrando por su Cabo de ellos al Sargento Diego Ramon, por ser práctico en la tierra, y que les habia asegurado á los Misioneros que les pondria en parage competente para fundar las Misiones en las cercanias del rio-Grande, como lo habia ya cumplido. Todo lo aprobó el Gobernador, y lo concedió enteramente, por lo que el P. Salazar tuvo el consuelo de restablecer la Mision de San Juan Bautista, agregando á ella mas de quinientos Indios, con los mismos que habian despoblado la de Sabinas. Fue el triunfo que con las armas de la Fe ganó contra el comun enemigo, triplicado, porque ninguno ha tenido mayor atractivo para los Indios, y siendo estos muchos, les repartió en tres Misiones, la de San Juan Bautista, y otra dedicada á San Bernardo, y otra á San Francisco Solano. En todas ellas hizo que se fabricasen sus Iglesias, aunque por entónces pajizas, y benditas, se celebró con la posible solemnidad el santo Sacrificio de la Misa, y determinados los Indios que en cada una habian de residir, se le dió posesion como á Presidente de ellas, por órden del Gobernador de Cohaguila. No fue ménos oficiosa su actividad en fabricarles á los Misioneros su vivienda, y señalando á cada uno la Mision que habia de administrar, se volvió él á las tareas que tenia corrientes en la Mision de los Dolores.

Dos años despues de haberse establecido las Misiones del rio-Grande llegó á Cohaguila el Illmo. Señor Don Fr. Felipe Galindo, que con su santa visita venia iluminando las tinieblas en que muchos Católicos estaban de asiento por sus culpas, y destruyendo las de la idolatría y errores en que vivian los Gentiles; y querien-

do lograr en beneficio de sus Misiones ocasional tan oportuna, salieron los Padres Fr. Francisco Hidalgo y Fr. Antonio Olivares á besarle las manos y exponerle el estado en que estaban las Misiones, y la poca permanencia que se podía esperar de los Indios de ellas, por estar expuestos á las correrías de los Apaches, y otros enemigos que continuamente les asaltaban, para que interponiendo su respeto con el Gobernador de la Provincia, facilitara el modo mas eficaz para su defensa.

Fue sin duda muy grave la causa porque el P. Salazar, como Presidente de las Misiones, no fuera personalmente á cumplimentar al Señor Obispo, y S. I. la tuvo por justa, quando pensando que para el expediente de lo que los Padres proponian era necesario se consultase en una Junta de los principales Gefes de las armas, y pudiendo disponer con mas facilidad y comodidad que se juntasen en Cohaguilla, quiso mas que se hiciese en la Mision de la Punta. Á este fin llegó á ella S. I. el dia veinte de Diciembre: celebraba todos los dias el santo Sacrificio: hizo Confirmaciones: consagró las Campanas, y en otros devotos ejercicios gastó los dias hasta el primero de Pasqua, en que concurriendo los Misioneros, el Gobernador, el Sargento mayor y otros Oficiales, les propuso el Señor Obispo que dixeran, quales serian los medios mas oportunos para la conservación y fomento de las Misiones ya fundadas, y que facilitarán las de otros muchos Indios que habitaban en aquellos contornos? Todos convinieron en que era muy necesario se pusiese un Presidio en la Mision de San Juan Bautista, para refrenar el orgullo de los Indios enemigos y ani-

mar á los recién convertidos, y ordenando S. I. que se actuara y firmara dicha resolucion, la autorizó con su firma, y se dispuso que el P. Olivares pasase á México para presentarla al Señor Virrey.

Digna es de reflexión la espiritual complacencia con que el P. Salazar veía en aquella pobre Mision un congreso tan respetable, y condecorada su rural Iglesia con la sagrada persona de tan Illmo. Principe, asistido de Sacerdotes en la celebracion de los divinos Misterios y funciones Pontificales, y honrada del Señor Gobernador y Gefes Militares de aquella Provincia, y que unidos el cayado y el baston en una misma asamblea, solo se trataba en ella la exáltacion de la Fe Católica y la extirpacion de la idolatría, la promulgacion del Evangelio y la salvacion del Gentilismo; y así podia imitar los afectos del Nacianzeno, quando de una pobre casa en que se juntaban los Católicos, vió una magnífica Iglesia que llamaba obra de sus manos, lágrimas y sudores, y con íntimos afectos le decía: «O Anastacia, dulce casa, y la mas honrada de todas, en donde la Fe, que estaba ya postrada en tierra, empezó á levantar la cabeza! O Arca de Noe, que en una pequeña semilla llevas un nuevo Mundo, animada con el espíritu de una Fe recta y sincera.» Pudiera este Varon Apostólico en el catálogo de sus trabajos, llamar muchas á sus vigiliás, porque una era el estar siempre en vela, y leían muchas, por lo mucho que obraba velando, de suerte que su vida era un continuo desvelo, empleado en innumerables y muy útiles operaciones, las que bendecía la Providencia, premiando las fatigas que le habian cos-

tado las nuevas Conversiones, con que desempeñaba el principal cargo de su Instituto su Apostólico Seminario, con la felicidad de este suceso, pues visto en Junta general en México, mandó el Señor Virrey que se pusiese un Presidio y Compañía volante de treinta Soldados con un Cabo, nombrando al Sargento mayor Diego Ramon, como Sugeto dotado de mucho valor para hacerse temer, y de suave estilo para atraer á los Indios. Al mismo tiempo veía que el Prelado del Colegio era el V. P. Fr. Francisco Hidalgo, Fundador de aquellas Misiones y Compañero suyo, y que los Misioneros destinados á ellas eran de infalible zelo y actividad para la reduccion de aquellas naciones; y dando al Señor las gracias por los medios con que se pudieran reducir todas al gremio de su Iglesia y propagacion de la santa Fe en las demas Provincias internas, se dedicó todo á radicarla con la doctrina y exemplo, en las gentes á que S. M. le habia destinado, y con nuevos esmeros recoger en su Mision los Gentiles que vagaban por todos aquellos contornos.

Era su mayor atencion, para desempeñar su Apostolado, sufrir las fatigas de que se veía combatido en una honrosa servidumbre y continuas molestias de los Indios y Españoles, para que ninguno tuviera que pretextar ofensa ó agravio con que vituperar su ministerio, sino que á todos se manifestaba como Ministro de Dios, con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en las sediciones y en los trabajos, siendo tan extraordinaria su tolerancia, que ni un instante de tiempo tenia por suyo, y todo lo empleaba en beneficio de sus almas, pareciéndole que hacia traicion al officio en que

el Señor le habia puesto, si no exponia por ellas su vida. Lidiaba con unos Indios altaneros, holgazanes y libertosos, cuya inconstancia le obligaba á penetrar por espinas y malezas, espesuras de peligros, andando por aquellos montes, ó recogiendo fugitivos, ó acariciando Gentiles, por reducirlos á todos al redil de la Iglesia, sin atender á sus ingratos genios y viles correspondencias.

Solo las esferas se gozan en su perpetuo movimiento y tarea de sus continuos tornos, y esto que los mortales tienen por trabajo, es en los cuerpos celestes naturaleza, y solo esta comparacion puede dar idea del gozo con que este Varon fuerte trabajaba incesante y como conaturalizado con los mas duros trabajos: él personalmente sudaba sobre los arados, para enseñar á los bozales Indios como habian de lograr con abundancia los alimentos: él batia los lodos para hacer los adoves: trabajaba en la Iglesia y en las casas, para que teniendo en ellas los Indios su comodidad propia, fueran tambien prendas que los contuviera en sus fugas, y con este respecto acudia á las labores, tanto en cultivarlas, como en recoger sus frutos, que hacia poner en común utilidad, y que se administraran con economia y provecho de todos, no solo para los diarios alimentos, sino para que de los sobrantes se pudieran socorrer de vestidos y demas necesarios para sostener los temporales, aviar sus familias, y habituarse á una racional y civil política: él mismo cuidaba de los ganados para sus alimentos y aumentos, y por estos y otros muchos afanes, logró ver la Mision poblada de mucha gente, y ésta cultivada de forma, que no parecia haber sido Congregacion de Gentiles, sino Colonia

de Pobladores.

Bien se vió quando fue posada de la Junta general que se celebró en ella, y muchas veces que sirvió de asilo á los Misioneros en las tribulaciones que padecieron por la barbaridad de los Indios enemigos: saquearon los Tobosos la Mision de San Miguel: despojaron al V. P. Fr. Pedro Muñoz hasta de los paños menores, y cubierto con una enjalma, se fue á la de nuestra Señora de Guadalupe: avisó el V. P. Margil, que era su Ministro, al P. Presidente Salazar el peligro en que estaban, y les envió gente que les traxera á su Mision, para libertarles de otro nuevo insulto de los bárbaros, y les dió todo el socorro necesario: se sublevaron los Indios de las Misiones del rio-Grande, y se salieron huyendo el mismo P. Muñoz y el P. Fr. Alonso Gonzalez, y cogidos en el camino por los Indios, les tuvieron presos ocho dias, y muertos casi de hambre, mientras en sus conciliábulos determinaban si se les habia de dar libertad ó quitarles las vidas, hasta que con ruegos y promesas consiguieron que los dexasen ir á la Mision de los Dolores; y llegando á ella, el P. Salazar les recibió con repiques de las campanas y con tiernas lágrimas, pagando á los Indios todo el rescate que pidieron por sus vidas. Era tambien aquella Mision, escala para los Misioneros que entraban y salian de las internas, en donde tomaban avio y descanso para seguir sus largos y penosos caminos.

Todos estos eran unos destellos del interior fuego que en su corazon ardia, porque eran efectos del amor de Dios que en su alma reynaba, y al impulso de él, era en el ministerio tan diligente y animoso que nada le acobardaba, y lo mas difícil, lo empre-

dia con denuedo y estabilidad, pues ninguna adversidad pudo arrancar las hondas raíces de su Fe, de su Esperanza, ni de su sólida Caridad que tenia su alma, siendo la corona de todas sus buenas obras, la excelencia de su perseverancia. Esta se calificó de invicta, en el laborioso zelo con que estuvo veinte y dos años atareado en el catequismo de los Neófitos y Catecúmenos, y estando el mas tiempo solo, nunca faltó por mañana y tarde á explicar á estos los Misterios necesarios para la salvacion y bautismo, y á aquellos la esencia y valor de los Sacramentos, y la preparacion debida para recibirlos. Su mayor desvelo era con los enfermos: él era su Médico y Enfermero, el que cuidaba de sus medicinas y alimentos, su Párroco que los disponia con los Sacramentos y auxiliaba en la última hora, hasta darles sepultura eclesiástica, oficios todos tan onerosos, que solo puede estimarlos el que se ha visto en la obligacion de servirlos, y mas en las epidemias, que son tan voraces en los Indios.

Era su caridad, tan activa, que mas de sesenta años de edad, agravados de continuas enfermedades, no fueron bastantes para que dexase de la mano el arado, sino que perseveró hasta la muerte, que solo pudo cortar el hilo de una vida apostólica, empleada en solicitar á costa de trabajos y fatigas la propagacion de la Fe entre las naciones bárbaras, para mayor honra y gloria de Dios y bien de las almas, escogiendo por sepultura la misma tierra eriaza que él habia dedicado para Iglesia, quizá por no separarse del amor que siempre le habia tenido, ni las cenizas de su cuerpo. Murió en la Mision de nuestra Señora de los Dolores, habiendo servido en la filiacion del Colegio treinta y

cinco años, con honor del Instituto Apostólico y desempeño de su ministerio, el año de mil setecientos veinte y dos.

CAPÍTULO XVII.

Vida del V. Siervo de Dios Fr. Antonio de los Angeles Bustamante: su nacimiento, y sucesos de su juventud.

EN el Valle de Buelna de las montañas de Burgos, ahora de Santander, y en un Lugarcito desconocido de mapas é Historiadores, llamado Coo de las Castañas, mas poblado que de familias, de frondosos árboles fructíferos, y robles, fue la honrada cuna del Siervo de Dios Fr. Antonio de los Angeles, pues preciendo aquella Provincia haber sido asilo de la mas lustrosa nobleza de España en el furor de las guerras, con solo el honor de haber nacido en ella, se dá auténtica su executoria. Fueron sus Padres Francisco de Hoz y Doña Maria Gonzalez Bustamante, descendientes ambos de hijosdalgos, Christianos viejos, y empadronados en la nobleza de la Provincia, su Padre fue Escribano Real y del Número del Valle de Buelna, y entre otros, tuvieron por hijo á este, que nació el dia veinte y ocho de Septiembre del año de mil seiscientos cincuenta y nueve, y fue bautizado en la Parroquia de San Martin con el nombre de Miguel, por debida atencion al Santo Príncipe, por ser víspera de su festiva dedicacion, y de Antonio, por devocion al Seráfico Paduano.

Nació Miguel Antonio con el sello que la naturaleza caracteriza á sus bellós narcisos, formando en su hermosura una magestuosa y apacible risa, y representando en sus ojos un ánimo excelso, noble, perspicaz y ac-

tivo, con lo que sin libertad los hacen amar á quantos los miran: con este afecto pusieron sus Padres el mayor esmero en el cultivo de tan tierna planta, enderezando desde luego todas las que en su adolescencia pudieran ser inclinaciones torcidas, para que con la instruccion de los divinos Misterios, leyes y piadosas observancias del Christianismo, fueran sus acciones arregladas al santo temor de Dios, con lo que no se vieron en él las bastardas que afean y desnaturalizan al hombre que desde sus primeros movimientos no vá dirigido por la razon, sino por el apetito, pues en eso imita á los brutos. Lucia su natural gracia en un índole generoso, una honestidad recatada y una agradable modestia, que quanto le recomendaban á la estimacion de todos, le proporcionaban al logro de la docilidad de su genio, y de la viveza en comprender las lecciones de sus Maestros, y en poco tiempo supo leer con expedition, y escribir con tan perfecta forma, que mereció el grado de buen pendolista, y la aprobacion de los mas expertos en la Aritmética.

Esto era todo lo que podia aprender en su tierra, y para que en el ocio de ella no se malograra su buena letra, ni se estragara su inocente alma, le enviaron sus Padres á la Corte de Madrid, en donde por sus apreciables prendas pudiera lograr alguna decente conveniencia, yendo

recomendado á un hermano de su Madre que gozaba de estimaciones con su empleo y facultades. Notable novedad le causó á Miguel Antonio un tránsito tan extraño como era el de la montaña á la Corte, y en vez de explayar el ánimo viéndose entre Palaciegos, se amilanó de forma, que limitado á solo lo que su Tio le mandaba, en todo lo demás daba á entender el disgusto que sentía en aquellos bullicios y cortesanos estilos; por esta causa dispuso su Tio que pasase á Sevilla, en casa de un Caballero muy opulento en el Comercio, el que le recibió gustoso, y mas experimentando en él un Joven dotado de la naturaleza con apreciables prendas, y cultivado en una buena crianza, excelente pluma y expedición en las cuentas.

Correspondia Miguel Antonio con su dócil genio y prontitud, en lo que se le ordenaba y conducía á las dependencias de la casa, pero en el calor de estos negocios, no desatendía el de su alma, y procuraba conservar la divina gracia y la pureza de su conciencia, sin que pudieran sus Compañeros, hechos lince de todas sus acciones, acusarle de alguna menos honesta; pero en el prolixo exámen que hacían de ellas, conocieron la pasión que le dominaba, y era el desordenado amor propio con que idolatraba en sí mismo, anhelando á parecer hermoso, y por eso le lisonjeaban con disimulo, y si querían darle disgusto, le decían lo contrario. Era esta philautia tan ciega, que pudiera precipitar toda su gallardía hasta la infamia, si su inclinación á las virtudes, y el horror que tenía á los vicios y al escándalo no le hicieran huir de todas ocasiones y peligros, por lo que toda la vanidad que tenía de su hermosura, no pasaba mas que de fantasía.

Bien satisfecho su Patron de la habilidad, honradez y christiandad de Miguel Antonio, quiso arriesgar considerable cantidad de su caudal en géneros, que le confió para que hiciese viage á las Indias: embelesado él con los brillos del oro y de la plata que esperaba adquirir en el Comercio, emprendió su viage en la Flota, y llegó con felicidad á Veraacruz, y pasó al Emporio de México: en el tiempo prescripto para el regreso á España, expendió con conocidas conveniencias toda su carga, y cobrados sus créditos, volvió muy ufano á Sevilla. Ya con el carácter de Flotista, pensaba el gallardo Joven que hasta los vientos debían servir á los rumbos de su fortuna, y empeñado en nuevo viage, llegó con prosperidad hasta México, y asentando su comercio, adelantó tanto sus ganancias, como las estimaciones que todos hacían de su proceder honrado.

Estas las grangeaba con una natural modestia, que hacía resaltar mas su hermosura y daba quilates á su prudencia: atendía cortés á todos, sin despreciar á los pobres por obsequiar á los ricos, portándose con generosidad con los necesitados y afligidos: era discreto en sus conversaciones, y sin afectación manifestaba en ellas su interior limpieza y piedad christiana, por eso se aplaudían sus palabras como ingeniosas sentencias. Entre otras mercaderías que había en una Tienda, estaba de venta un Crucifijo de marfil primorosamente tallado, el que luego le arrebató el corazón por los ojos, y tomándolo con reverencia, preguntó al Almacenero ¿en quanto precio lo vendía? Y respondiéndole que en treinta pesos, eso no, le dixo, y lleno de rubor el rostro templó su inadvertencia con suaves

palabras, y prosiguió su compra, diciendo: porque en ese precio vendió á su original un alevoso, y así, ó daré mas ó daré ménos. El Mercader se conformó en darlo por ménos, y Miguel Antonio lo apreció tanto, que siempre lo llevó en su compañía, hasta que dexó el siglo, y lo dexó muy encomendado á una persona devota, para que cuidara de su decencia.

Ya se hacía muy expectable de todos los Caballeros de México que lo comunicaban, y deseando sus conveniencias, meditaban en darle estado correspondiente á sus prendas; pero eran muy distantes sus intenciones, porque no congeniando con los tráfigos de las Cortes, para adelantar sus intereses se había informado de un noble paisano suyo que sería muy á propósito la Ciudad de Querétaro, y en su compañía lo executó, fixando en ella su comercio y domicilio. Versabase en sus comercios con eficacia, pero con igual limpieza, sin manchar su conciencia con el sordido herrumbre de la codicia, porque siempre tenía en la mano el hilo de oro de la verdad, para salir de los enredos del Comercio y de su intrincado laberinto, libre de los engaños, mentiras y dolos.

Brillaban en Querétaro las bellas qualidades de su genio, descubriendo sus amables prendas con agradable blandura, en su trato todo natural y cortesano: era su conversacion honesta, sazónada y alegre, sin que llegara á lastimar á nadie. Casi al principio de su establecimiento adquirió, en compañía de un paisano suyo de nobles obligaciones, una Hacienda de campo, con crecido número de Ovejas, para que pudiera, no satisfacer la avaricia, sino compensar los contratiempos á que está expuesto

el tráfico, y tambien para desahogar el ánimo en sus continuas tareas, con otros honrados ejercicios. En ella tuvo la máxima asentada de pagar prontamente á los Sirvientes, tratar con agrado á sus Domésticos, y con humanidad christiana á los Esclavos; y decia, que estimaba mas el ser amado de sus Siervos, que el ser temido, sin que por eso faltase á la justicia quando era necesaria.

Esta índole generosa la hacían mas expectable su honestidad, su natural compostura, su liberalidad, su correspondencia, y otras virtudes políticas y morales que igualmente eran objeto de la comun estimacion y de las mas serias reflexiones, pues era, en sus circunstancias, de admirar el gran recato que observaba con todas y qualesquiera persona del otro sexo, huyendo del familiar trato de las mugeres, y abominando su ilícito comercio, no solo por ser ofensas de Dios, que era su mayor respeto, sino tambien, decia ilustrado: porque quien se dexa cegar de esta vil pasión, cae en un inmundo pantano, que quanto tiene fácil la entrada, es difícil de acertar con la salida: blasonaba de un corazón noble, y así, tenía por vileza sujetarlo á la esclavitud de una muger, sin que por eso dexara de portarse con todas modesto, pero atento, cauteloso, pero como Caballero. Prueba de estos dictámenes de su juicio fue un insulto de gota, que le atormentó hasta postrarle en la cama: miraban sus amigos lo prolixo del accidente, y lo necesaria que se hacía la asistencia de una muger para su cura, y con eficacia le persuadían el que la admitiera, pues un Compadre suyo le franqueaba la de su Esposa, que era igualmente virtuosa y práctica, pero de ningun modo quiso aceptar la ofer-

ta, y le protestó que no había de tocar su cuerpo muger alguna, y que si el quisiera hacerle este caritativo obsequio, lo agradecería mucho, y fue así, que el honrado Compadre le sirvió de Enfermero, administrándole las medicinas todo el tiempo necesario para su alivio.

Reducido el generoso Joven á las correspondencias de su comercio y á las labores del campo, pasaba su inocente vida, y como tenía genial aversión á toda especie de juego, para darle á su vivaz genio algun ocio político, gustaba de montar á caballo, lisongeando á un tiempo á su vanidad y á su deleyte. Tenía, entre otros, un Caballo blanco hermoso, corpulento y de mucho ardor, en el que salía, como de gala, con toda la bizarria y porte que acostumbraba en los vestidos, y paseaba por las calles, causando admiraciones la compostura de su rostro, la gentileza en el cuerpo, y la destreza con que manejaba aquel garvoso bruto, á que correspondían las atenciones urbanas con que á todos saludaba, pues con bizarro descuido se atraía los aplausos con el sombrero, para satisfacer con ellos al viento de su amor propio.

Tocaba ya en la vatonil edad de veinte y cinco años, y quando mas sereno en la indiferencia de sus afectos, se halló salteado de una guerra desconocida en su alma, y que la puso en el mayor riesgo y peligroso cuidado de quantos hasta allí había padecido, porque aliados sus tres astutos enemigos, la acometieron con todas sus fuerzas y arbitrios, para rendirla cada uno á su partido. El Mundo se le representaba un delicioso atractivo, lisongeando las inclinaciones de su caballeroso genio, porque el Tío que tenía en Madrid, aunque

se veía muy favorecido del Rey r por sus importantes servicios, deseaba con ansia retirarse de la Corte, y le llamaba para que fuese á ella, asegurándole el honor y lustre del hábito de Santiago, y que tomaría estado igual á su calidad, quedando en el goce de todos sus empleos. La carne le brindaba los mas floridos deleytes, despertando en sus amigos los deseos de casarle, y con instancia le proponían varias Doncellas de calidad, y de iguales prendas de hermosura y riquezas á las suyas, esforzando sus designios con la aparente obligación de justicia, que segun su edad, le decían, tenía de adelantar su noble familia. El Demonio alucinaba su fantasía, ya con los empleos de la Corte, los aplausos de los palaciegos, los intereses de los negocios y otros ascensos honoríficos, ya con las diversiones, paseos y otros pasatiempos que en ella son continuos, é incentivos poderosos de los sensuales apetitos: pintaba en su imaginación los mas obscenos objetos, pero tan bien coloridos, que les quitaba la fealdad á los retratos, y solo ardían los pensamientos allá dentro del alma, como un animado etna, pasando á encender tambien el cuerpo su voraz llama, y á consumir la luz de sus sentidos y potencias.

En el centro de tan cruel batalla, se desconocía á sí mismo Miguel Antonio, y queriendo salir de sí á buscar el remedio, forcejaba á obligar á su alma á que viese la realidad de su imaginación y vanas fantasías, por lo que auxiliado de la divina gracia, eludió las astucias y tiros de sus enemigos, y respondió á su Tío, que agradecía mucho sus ofertas y favores, pero que bien hallado en su fortuna, no podía resolverse á dexar la América, en que gozaba de estima-

ciones y opulencias, sin tener que cautelarse de los peligros de alma y cuerpo, que son tan propios de los ascensos, é inseparables de los oficios públicos. A sus amigos les representó la profunda atención con que había reflexado las contingencias que acompañan al Matrimonio, y que aun siendo el mas circunstanciado en todas sus exteriores conveniencias, todavia en su continuo é interior trato ocultaba mil especies de disgustos y amargos sinsabores, que ni aun voces se hallan para explicarlos, y por eso no pueden tener remedio, y que no hallaba en sí las fuerzas necesarias para sostener el peso y las obligaciones de casado. Al Demonio le cerró las puertas de sus sentidos, y abriéndolas á las inspiraciones internas y continuas que en su corazón sentía, comenzó á tratar de su salvacion eterna como del mas importante negocio, pero sin notable violencia que pudiera causar novedad en el Mundo.

Salió aquel valiente Soldado de tan clandestina como furiosa batalla, cargado de triunfos y despojos, no siendo el menor trofeo, el vencimiento que consiguió de sí mismo, y si antes había afanado por adquirir estimaciones vanas y caducas riquezas, ya iba desarraigando de su corazón el amor desordenado de sí propio y el de los bienes temporales: ya estos los manejaba con frialdad y despego, y aunque siempre fue liberal con los pobres, ya era profuso con los necesitados: ponía gran diligencia en ocultar sus limosnas, é informándose con cautela de las familias que habían tenido con abundancia y se hallaban en la cetera, las socorria con secreto, quitándoles el sonrojo de pedir, y tambien el de saber quien era el que las sustentaba.

Por este medio de la limosna, que el Santo Precursor canonizó por el mas eficaz para alcanzar la gracia de una conversion verdadera, fue disponiendo su corazón, para merecer el que el Señor obrara en él aquel llamamiento que suave y fuertemente imprime en los que escoge para Siervos suyos, y que han de gozar de su íntima y familiar comunicacion; por eso le iba dando luces á su entendimiento por la leccion espiritual, y encendiendo su voluntad con devotas ternuras, que dexaba impresas en los libros con la amarga tinta de sus lágrimas, pero con tal consuelo de su alma, que sus mismos Familiares se admiraban de ver que se le pasaban los dias enteros leyendo, sin suspender su fervoroso ilantó. Era este ya fruto digno de penitencia, y así, le hacia frecuentar el Sacramento de ella, para purificarse en sus sagradas aguas, y llegar sin las manechas de la culpa á las sacrosantas aras, y participar del inerte sacrificio que sangriento en la Cruz borró los pecados del Mundo. En esta consideracion asistía diligente á tan soberano Misterio, y con tierno afecto recreaba su alma, oyendo ó ayudando todos los dias quantas Misas podia, sin faltar al preciso cumplimiento de sus negocios.

Desde su niñez había profesado una tiernísima devocion á la Madre de Dios y Señora nuestra, Maria Santísima, por cuya intercesion esperó siempre lograr los beneficios espirituales que en ella depositó el Altísimo para el consuelo de los miserables hijos de Eva, y frecuentaba su recurso á esta inagotable fuente de la gracia, invocando su patrocinio en todas las borrascas que padeció su espíritu con tan firme confianza, que

nunca tuvo duda de que le faltara en la mas desecha tormenta: rezaba con atencion todos los dias su Corona, y con devocion meditaba sus Misterios, persuadido á que el afecto á esta soberana Reyna es la divisa de los predestinados, porque ella es la llave del Cielo, que franquea todas las felicidades al Mundo. Tambien consagraba mucha parte de sus afectos al Padre putativo del Hijo de Dios, y con la Santa Iglesia le aclamaba honra de los Angeles y Santos, cierta esperanza de los hombres, y amparo y defensa del Mundo; pues confesando á nuestro Santísimo Padre Señor San Joseph constituido por el Criador de todas las cosas por Esposo de la Castísima Virgen, para que fuera llamado Padre del divino Verbo humano, es preciso venerarle como Ministro de la salvacion de todo el género humano. Era tambien grande la devocion que tenia al Príncipe San Miguel, cuyo nombre le estimulaba al reconocimiento de sus excelencias, y continuamente le pedia su amparo contra el Demonio y sus astucias.

Pero entre varias devociones, fue verdaderamente abrasada la que tenia á la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesuchristo, contemplando el sangriento sacrificio del Calvario, y adorando una por una las llagas por donde el amor se desangró todo, y con humildad agradecida las reverenciaba con muchas Jaculatorias y Oraciones devotas; y para no perder su memoria, tomaba los mas dias rigurosa disciplina, y mortificaba su cuerpo con aceros silicios. En esa misma fuente de luz en que meditaba las finezas de un Dios crucificado por el amor de los hombres, se encendia su corazon en el fuego de la caridad con sus próximos, y así, se condolia

con los pobres y enfermos, y aunque alguna vez acudia al socorro personal de estos, pero muchas veces le era necesaria la mortificacion de no poderlo hacer, por evitar las opiniones del Mundo, y se valia de otro para que visitara los Hospitales y les ministrara los oportunos socorros.

Sin estos reparos logró su misericordia cristiana la ocasion de exercitarla con un pobre muy honrado, cuya casa frequentaba como de virtud notoria: enfermó el Padre de la Familia de una mortal dolencia, y mirándolo con los respetos que si fuera su propio hijo, honestó con ellos todos los esmeros con que se dedicó á cuidar: él mismo le administraba las medicinas y alimentos, sin sonrojarse de los mas humildes oficios; y habiendo procurado todos sus espirituales consuelos, se desveló en su asistencia hasta la última hora, y honró sus funerales, convidando á todos los Ciudadanos para ellos, y á mas de los costos de toda la enfermedad y entierro, repartió limosnas por los Conventos, para que se le dixeran muchas Misas y se le hicieran sufragios.

Aficionado ya á la oracion y ejercicios devotos, descuidaba de su antigua vanidad, como si no hubiera sido su pasion dominante; y aunque en los vestidos conservaba la decencia correspondiente á sus facultades y calidad de su persona, pero en lo interior, aun esto mismo era un género de penitencia que mortificaba su alma, por lo que multiplicaba súplicas al Señor para que le diera luz de su voluntad santísima, para acabar de arreglar en el estado que habia de tomar, su vida, y asegurar en él su salvacion eterna. Estas eran sus continuas ansias, suspirando por verse libre de las prisiones del Mundo;

y anhelando á redimir sus pecados, que le tenian privado de su libertad, expendia mucho de su caudal en limosnas y mandar decir Misas, sin cesar en sus fervorosas peticiones: temia que estas, por tibias, no merecian ser oidas, é interponia las de muchas personas virtuosas, para que le alcan-

zaran del Señor la gracia de verse desprendido de las cadenas en que gemia, y ya le eran muy pesadas; pero le iba preparando la soberana Providencia para Siervo suyo muy señalado, con tan vivos deseos, para proporcionarle su logro segun sus inexcusables juicios.

CAPÍTULO XVIII.

Serio desengaño con que Don Miguel Antonio se resolvió á tomar el estado de Religioso.

ES una felicidad difunta el cadaver mas desdichado que se le dá á la tierra, porque la vanidad presumida de las honras y riquezas, es un fuego fatuo, de cuya luciente pompa instantáneamente desaparece la llamada: fósforo cuyos aparentes relumbros vienen á parar en lúgubres desengaños. Habia enfermado en México Don Juan de Urrutia y Retes, primer Marqués del Villar de la Aguila, Caballero de Santiago y Alguacil mayor del Santo Oficio, y por la confianza y amistad íntima que tenia con Don Miguel Antonio, le encargó que corriese con la trasquila de Ovejas de la Hacienda de la Goleta, y providencias de ajuste de cuentas y avíos de los Pastores, súplica que admitió como de un verdadero Amigo, y que desempeñó en un todo. A pocos dias se agravó el accidente del Señor Marqués, y le quitó la vida; pues así se burlan del hombre la muerte y las desdichas, viniendo calladas, porque no sienta su ruido ni aun el pensamiento: así oprimen súbitamente á los incautos, quando entre las ramas de la felicidad estan mas divertidos.

Fue este inopinado suceso un

susceso que penetró el corazon de Don Miguel Antonio, y le hubiera robado los vitales alientos, si no rebentara por los ojos, y desahogara el asombro, llorando con el dolor mas vivo, la muerte de su fiel y amarelado Amigo. No podia arrojar de su imaginacion su cadaver difunto, ni de la memoria sus amables prendas, sus años vestidos de esperanzas, su generosa índole y su urbana cortesia; y como al mismo tiempo contemplaba arruinada toda esa fábrica, sin que todas sus bellas qualidades le sirvieran de reparo, sino antes de reclamo para su ruina, volvía en sí mismo, considerando la fragilidad de la vida, y que su edad, aunque florida, podia ser tambien asaltada de la inexorable parca; y contrayendo el discurso, decia: »Pues si á mí me hubiera tocado la fatal suerte que al Marqués, ¿cómo compareciera yo en el Tribunal divino? ¿En qué lazos enredado me cogia la muerte? ¿Qué proceso tan desquadrado el de mi vida para poder relatarse en aquella suprema Audiencia? ¡O Dios, siempre venerable en tus juicios! Quién sabe si esta muerte es un Correo de aviso que me previene lo cercano de la mia.»